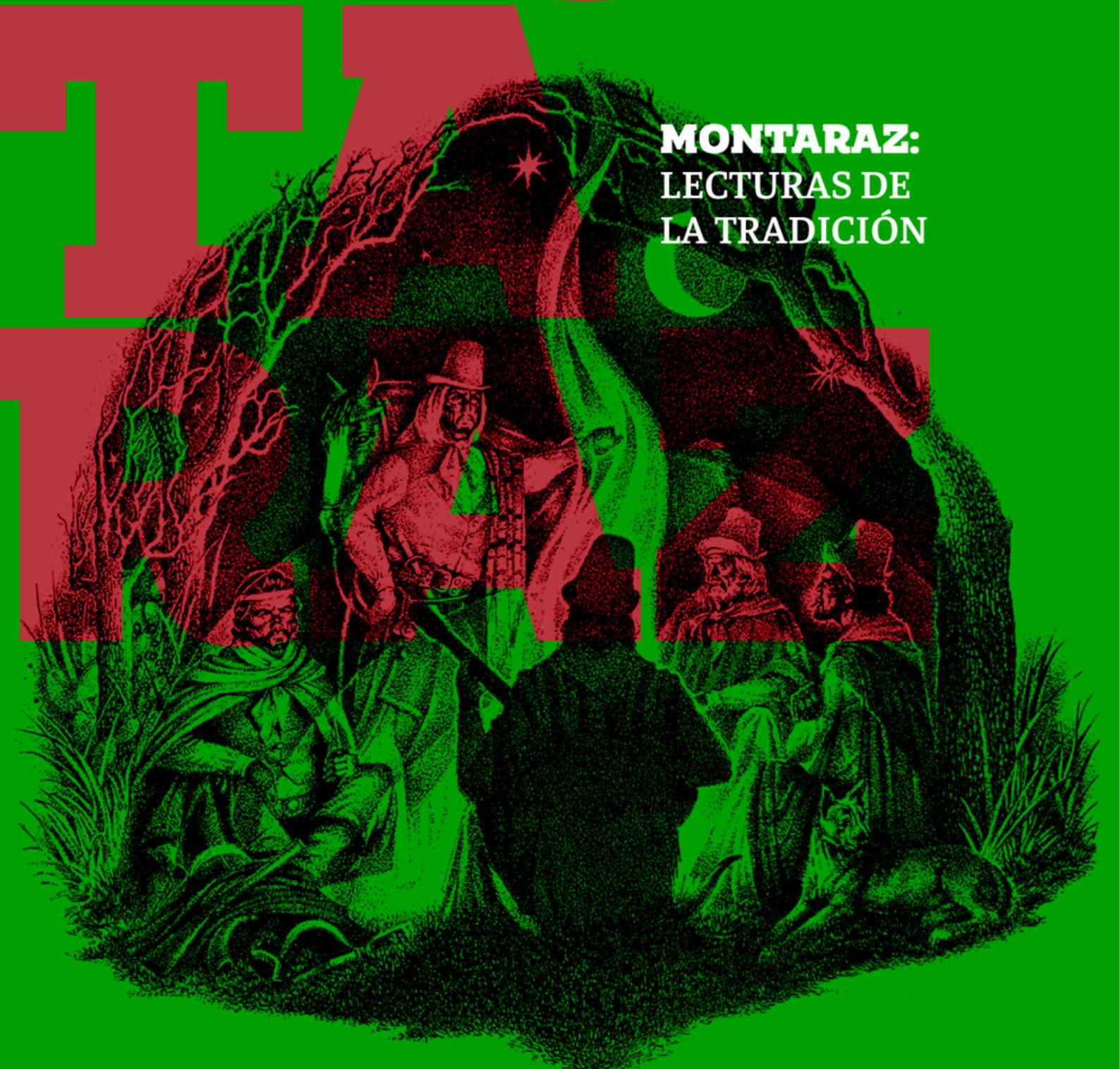


# EMOCIONES



**MONTARAZ:**  
LECTURAS DE  
LA TRADICIÓN



## Producción del material

**Editorial de Entre Ríos**

**Director: Matías Armándola**

**Consejo General de Educación**

**Dirección de Educación Secundaria / Equipo Técnico:**

Paula Novelli

Oscar Ríos

Alan Behler

Washington Atencio

**Coordinación de Ciencia, Tecnología e Innovación /**

**Equipo aprender:**

Producción general: Afonsina Fernández

Diseño y diagramación: Mariano Sanguinetti, Valeria Warinet

Este material constituye una iniciativa del **Portal aprender** en articulación con la **Editorial de Entre Ríos** y la **Dirección de Educación Secundaria del CGE** para la producción de contenidos con impronta regional orientados al abordaje de “la tradición” en escuelas de nuestra provincia.

El documento ofrece sugerencias de lecturas del libro Montaraz de Martiniano Leguizamón, una introducción al contexto de producción de la obra elaborado por Matías Armándola, Director de la Editorial de Entre Ríos y propuestas de actividades para el abordaje aúlico realizadas por parte del Equipo Técnico de Educación Secundaria del CGE.

# Martiniano Leguizamón y la construcción del discurso nativista entrerriano

Matías Armández

Director de la Editorial de Entre Ríos

El nativismo argentino de fines del siglo XIX puede entenderse como un discurso de afirmación identitaria, surgido en un momento de expansión del Estado y consolidación de la cultura letrada. Frente al cosmopolitismo urbano y los cambios sociales derivados de la inmigración, un grupo de escritores buscó construir, desde la literatura, una imagen de lo nacional que tomara como materia simbólica las costumbres, el habla y los paisajes provinciales. No se trató de un simple registro realista, sino de una operación cultural que convirtió la evocación criolla en una forma de pensar el país.

En ese horizonte, Martiniano Leguizamón (1858–1935) ocupó un lugar central en la configuración del discurso de la identidad entrerriana. Su trayectoria, desarrollada entre Entre Ríos y Buenos Aires, expuso las tensiones entre lo regional y lo nacional que marcaron el campo literario de la época. En un escenario donde los escritores de provincia pretendían convertir su origen en valor simbólico, Leguizamón elaboró una poética que transformó la materia entrerriana en signo de autenticidad y fundamento de una tradición. Más que reproducir la vida rural, sus textos la transfiguran en reflexión sobre el destino histórico del país.

El estreno de *Calandria* —el 21 de mayo de 1896 en el Teatro Victoria de Buenos Aires— dio inicio a ese programa intelectual. En la obra teatral, Leguizamón concilió el rescate de las costumbres con una visión moral del mundo rural, anticipando los temas que más tarde desarrollará en la narrativa. *Montaraz* (1900) prolonga ese proyecto, pero lo somete a una mirada más compleja: el paisaje entrerriano deja de ser escenario para convertirse en símbolo, en espacio de memoria y de meditación sobre la pérdida. Como advierte Diego José Chein, el nativismo entrerriano se constituye en diálogo con el discurso hegémónico de la nación, transformando la periferia en un lugar de fundación simbólica y crítica (Chein, 2012, pp. 208-209).

En *Montaraz*, la selva de Montiel —presente desde las primeras páginas— no cumple una función decorativa: es el territorio del origen y de la herida. El nativismo de Leguizamón puede entenderse, en ese sentido, como una pedagogía de la fidelidad al suelo, un modo de pensar la pertenencia a partir del duelo. La descripción del paisaje no obedece al naturalismo, sino a una estrategia simbólica que convierte la naturaleza en lenguaje y en archivo de la historia. Desde esa perspectiva, en *Montaraz* se elabora un sentido de despojo: frente a la disolución de lo que era, de lo que fue, la escritura actúa como restitución.

El capítulo VIII, “Desolación”, condensa esa poética con particular intensidad. La imagen inicial —“por la solitaria llanura que plateaba la luna de alabastrina claridad” (Leguizamón, 2000, p. 55)— impone un tono elegíaco. El avance del regimiento de caballería no representa solo una escena bélica: es una marcha fúnebre que recorre los restos de un territorio devastado. Leguizamón convierte la violencia histórica en meditación, desplazando la épica del combate hacia la contemplación del vacío.

En el corazón de esa escena, el pozo abandonado y los ombúes solitarios funcionan como signos de la memoria. “Como una horca trágica” (p. 55), el crucero del pozo concentra la tensión entre vida y desaparición: es el último resto de un hogar y, a la vez, la tumba de una historia. La evocación de la “garrida criolla de negras pestañas” (p. 55) transforma la ruina en recuerdo afectivo, y la pérdida en acto de fidelidad. La tierra herida se vuelve así el verdadero sujeto del relato: todo en “Desolación” habla de una nación que sobrevive en los vestigios de su pasado.

La frase “¡Rancho con ombú acaba en tapera!” (p. 55) condensa el fatalismo popular, pero Leguizamón invierte su sentido. Si el rancho se derrumba, la literatura lo reconstruye. La voz popular que lamenta la pérdida se convierte en el punto de partida de una resistencia simbólica. En el diálogo de los soldados y en las curiosas consejas que narran al borde del camino, la oralidad reaparece como forma de persistencia cultural. Esas historias, mitos de sabor agreste, sostienen la continuidad de un mundo en trance de desaparición.

La secuencia final del capítulo, con la pareja de cisnes “bañando la pompa del albo plumaje en la serena claridad estelar” (p. 56), introduce un contrapunto de serenidad. La blancura de los cisnes sobre el agua quieta

contrasta con la devastación del entorno: imagen de pureza y supervivencia, de belleza que resiste a la barbarie. Apolinario Silva, el matrero protagonista que observa, consciente de la fugacidad de todo, encarna la fidelidad al origen. Su mandato final —“Enraben los de reserva, y alcen agua en los chifles, y cuidado con dormirse que vamos a trasnochar” (pp. 56)— devuelve la acción al movimiento y restituye la dimensión épica: incluso en la ruina, la vida continúa.

El nativismo de Leguizamón no es, por eso, mera nostalgia. Es una poética de la restitución. Al narrar la desolación, el escritor rescata la dignidad de los hombres del campo, los supervivientes del caos, aquellos que, entre el fuego y la intemperie, preservan un modo de ser argentino. En la austeridad de ese gesto —en la persistencia del gaucho que sigue de pie sobre la tierra arrasada— se cifra la enseñanza del Día de la Tradición: la fidelidad a un origen que no se agota en el pasado, sino que se recrea en cada intento de mirar el país desde sus provincias.

En *Montaraz*, la tradición no es nostalgia sino deber. Nombrar la desolación equivale a preservar lo que el tiempo destruye. En esa escritura que transforma el lamento en canto, Leguizamón convierte la pérdida en comienzo y la memoria en destino. La ruina deja de ser final: es la semilla desde la que vuelve a nacer la patria.

## **Aníbal Marc. Giménez y la continuidad del ideario nativista DE LOS ÚLTIMOS**

Un mechón de pelo negro le obscurece más la frente,  
en su cuello recio ondea, con donaire, un volador,  
y su blusa corta y suelta, de lustrina reluciente  
deja ver toda la plata del lujoso tirador.

Sus decires pintorescos entusiasman. Nadie sabe  
como él todas las bellezas de esta tierra que es su amor,  
y las décimas que canta las perfuma suavemente  
con las cálidas fragancias de los tréboles en flor.

Cuando ensilla un zaino oscuro -cuyas ancas han sentido  
el crujir de los tableados voladones de un vestido-  
y se ajusta a la cintura su floreado chiripá

vibra en todas las guitarras el estilo más campero  
y no hay rancho que no brinde la tibiaza de su alero  
a este resto de una raza generosa que se va.

En la poesía de Aníbal Marc. Giménez (1875-1957), el ideario nativista encuentra una prolongación introspectiva. Su soneto “De los últimos” condensa con especial nitidez la conciencia de fin de época que atraviesa ese horizonte. El poema construye la figura del gaucho como residuo y emblema: “este resto de una raza generosa que se va”. Esa línea final, de tono elegíaco, clausura un mundo pero también lo consagra en la memoria.

La descripción del cuerpo y del atuendo —el mechón de pelo, la blusa de lustrina, el tirador de plata— no responde a taxativamente a la mirada costumbrista, sino a una voluntad de restitución simbólica. En cada detalle se cifra una forma de dignidad, una belleza que resiste al olvido. El gaucho de Giménez no es una figura del pasado, sino una presencia que se desvanece mientras se afirma: canta, trabaja, se viste, cabalga. Esa vitalidad interrumpida traduce la misma tensión entre ruina y permanencia que Leguizamón había formulado en la “Desolación” de *Montaraz*.

El poema funciona, así, como elegía y testamento. En su métrica regular y su tono contenido, “De los últimos” transforma la pérdida en forma: la armonía del soneto ofrece al desvanecimiento una estructura de perduración. El gaucho que se aleja no desaparece: queda fijado en la palabra, en la música de los versos que le dan existencia. Giménez convierte la desaparición en memoria y la memoria en identidad.

Su voz prolonga la de Leguizamón, pero desde un registro más íntimo. Donde el novelista pensaba la historia como drama colectivo, el poeta la condensa en una figura solitaria que guarda el sentido de una tradición. En ese tránsito, el nativismo deja de ser relato épico para volverse canto elegíaco: una forma de decir adiós sin renunciar a la pertenencia.



## Referencias bibliográficas

- Chein, D. J. (2012). "Nación y provincia: Génesis del discurso de la identidad entrerriana en la literatura nativista (1895–1915)" en *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, Vol. 9, Nº 2, 2012, págs. 190-220.
- Giménez, Aníbal Marc. (1907). "De los últimos" en *Caras y caretas*, nº 445, 13 de abril.
- Leguizamón, M. (2000). *Montaraz*. Editorial de Entre Ríos.



# **Algunos recorridos posibles para acercarse a Montaraz (1900), de Martiniano Leguizamón**

*Dirección de Educación Secundaria |  
Equipo Técnico Curricular*

## **Capítulo I: El matrero**

Bajo el pálido cielo que se iluminaba gradualmente con las primeras claridades del día, reinaba una calma infinita. Era esa hora del gran reposo en los campos, cuando el disco solar no dora aún las praderas y los montes.

Una brisa fresco, olorosa, saturada de húmedos efluvios, pasaba barriendo las evaporaciones del rocío, que volaban desflecadas en arambeles algodonosos y sutiles hasta desaparecer.

La llanura descubría su tapiz verdegueante, como si una mano invisible lo fuera descorriendo, para recibir las tibias caricias del sol que emergía coronando las cuchillas lejanas.

La luz bañó las lomas, bajó en regueros por las laderas, avanzó en el llano espolvoreando de puntos luminosos las verdosas matas; pero allá, del fondo del paisaje, una masa densa de pajonales pareció alzarse para cerrarle el paso. Ante la compacta muralla, la luz se detuvo, bregó breves instantes y, no pudiendo penetrarla, se corrió por sobre las tupidas malezas, dejando en descubierto las blancas panojas de las cortaderas y los eréctiles tallos de los cardos en flor.

Más atrás surgió entonces otro muro más alto, más sombrío y más impenetrable, al que servía de vanguardia el pajonal. Era la selva ribereña con sus espesos matorrales de plantas rastreras que, enredándose a los troncos de los grandes árboles con los tentáculos exuberantes de las lianas, desarrollaba por todas partes la majestad de las fuerzas libres de la naturaleza, en una confusión de esplendores vegetales, de lucha, de muerte y de perenne renovación.

Frente al nuevo obstáculo la luz pareció retroceder, luego se deslizó bordeando la orilla del monte en busca de los sitios más ralos para avanzar; pero la selva, como si quisiera guardar el misterio de sus umbrías, se extendía, inmóvil y compacta, hasta perderse a la distancia en los cerúleos horizontes.

Había un punto, no obstante, que partiendo desde la playa de una laguna circundada de juncas, descubría un boquete en el monte, pero tan oculto entre la maleza, que era necesario tener el ojo muy acostumbrado para encontrar la estrecha picada que los animales habían formado al bajar a la aguada. Por allí se escurrió la luz, perdiéndose al fin en los laberintos del sendero, sin lograr su victoria contra las sombras de aquel monte de penumbra siniestras.,.

El campo comenzó a llenarse de rumores y estremecimientos, como si la naturaleza despertara de pronto gozosa y radiante bajo la caricia de aquella mañana que tenía polvo de oro en su ambiente sereno.

Los pájaros en parejas saltaban de las ramas chirriando: silbos alegres de calandrias y boyeros poblaban el espacio con sus cantos trinados ; en cada mata estallaba una nota del alado coro, sobresaliendo entre todas, por lo aguda y penetrante, esa extraña voz: achea, achea, con que los zorzales saludan alborozados la llegada del nuevo día.

Bandadas de patos y bandurrias pasaban por el azul del cielo en forma de negra cuña volando hacia las cañadas, mientras los grises rayadores ascendían como cohetes y bajaban rectos hasta rozar el agua, produciendo ese áspero ruido á que deben su nombre. Al borde de un ribazo, un chajá solitario erguía el collarín de plumas cenicientas y volvía a encogerlas con su aire reposado y cauteloso de centinela montaraz.

En otro lado, sobre la dormida laguna pizarreña, un mirasol todo blanco, con las patas colgantes, el cuello tendido y las alas abiertas semejando una cruz, volaba lentamente.



Por el llano y las lomas, rompiendo la monotonía del inmenso verde, como manchas de abigarrado y moviente colorido, se esparcían las vacadas buscando la querencia...

De improviso, una manada de yeguas ariscas, cerdudas y lustrosas apareció por un boquete del monte, huyendo apresuradas en medio de relinchos y corvetas, y desapareció en lo más espeso del pajonal. Detrás iba un hermoso potro lobuno, con la cabeza en alto y las crines flotantes, dando saltos por alcanzar al grupo. Más atrás venía un jinete dándole caza.

El hombre alzó entonces el brazo vigoroso describiendo varios círculos por sobre la cabeza, y las boleadoras partieron zumbando para ir a envolver sus sogas retorcidas en los jarretes del lobuno, que al sentirse trabado dió un gran bote, cayendo de costado; se levantó y volvió a huir a saltos, pero un nuevo par de boleadoras le ligó los remos delanteros, y el animal, tembloroso, con el pecho manchado de blancos espumarajos, se paró al fin jadeante.

El jinete se le acercó, le arrojó el lazo y le dio un tirón. El animal no se movía; bufaba solamente mirándolo con los grandes ojos azorados; un estremecimiento nervioso corría por todo su cuerpo, mientras el enlazador se acercaba silbando despacio para amansarlo. Cuando lo tuvo cerca, el lobuno resolló recio, sentándose en los corvejones; pero el hombre seguía avanzando hasta que le cazó las cerdas del copete y comenzó a palmearlo con voces suaves. Después le corrió el lazo hacia la cabeza echándole un medio bozal, le desató las boleadoras y lo hizo caminar. No hacía ya resistencia, y siguió al tranco cabestreando.

El gaucho volvió el rostro moreno poniéndose a examinarlo prolíjamente, con ese aire reconcentrado y cauteloso del habitante de nuestros campos. Era un hermoso animal de pelaje plomizo oscuro, con sólo una pequeña estrella blanca en medio de la frente, de encuentros amplios, con dos rayas negras a manera de cuchillada en las cruces, el pescuezo corto, rematado en una cabeza fina, de orejas pequeñas, movedizas, y los ojos vivarachos; las patas delgadas, de vasos blancos con vetas sonrosadas, el tronco largo, torneado, y el anca ligeramente abovedada como la del ñandú. Pero, sobre todo, lo que parecía ser el orgullo del noble bruto eran las cerdas de la cola

y del pescuezo, que flotaban largas y rizadas, y al ser heridas por el sol tenían esos reflejos pavonados del plumaje del biguá.

—¡Lobuno tapao, primero muerto que aplastao!— dijo el paisano acariciándole las crines; y al deslizarle la mano a lo largo del lomo, como notara que entre algunos pelos blancos tenía señales del basto: —¡Oh! este es de andar— agregó, y continuó palmeándole el vientre y la entrepierna para ver si era manso. El animal se encogía suavemente y le dejaba hacer. De pronto volvió la cabeza y se puso a olfatearlo, como si más de una vez hubiera sentido el contacto del hombre.

—¿Me estás reconociendo, no ? Aura veremos si tenés tan lindo andar como la pinta— exclamó el gaucho sonriendo ; y, arrimándolo a su caballo, empezó a ensillarlo con todo cuidado.

El lobuno no oponía resistencia; sólo cuando la cincha le oprimió la barriga, lanzó un relincho vibrante moviéndose inquieto; mas una palmada en el anca y algunas voces de cariño vencieron aquella postrera resistencia, y se quedó parado haciendo girar la coscoja del freno sobre la lengua en un vaivén de ruido acompasado.

Terminada la operación, lo hizo caminar. Se le acercó en seguida cogiendo con mano vigorosa el atravesaño del bozal hasta hacerle volver la cabeza, encajó el pie en el estribo y, apoyando las riendas sobre la cabecera del recado, volteó rápidamente la pierna y cayó enhorquetado en los lomos equinos, como si el cincel hubiera tallado de un solo golpe en artístico bloque aquella esbelta figura de centauro.

Y era hermoso en verdad en medio de sus toscas líneas el joven paisano, con el rostro moreno de fino perfil, los ojos verdosos avizores y la larga melena de azabache, que caía revuelta en rizos hasta rozar los hombros, imprimiéndole un tinte misterioso a la faz.

Luego el cuerpo enjuto, pero de musculatura ágil y potente, acusándose al través del bien cuidado traje campesino, completaban el esbozo de su airosa figura que, si bien a primera vista tenía mucho del tipo común de nuestros campos, revelaba al examinarla con detención cierta gracia viril

realizada por la desenvoltura de sus movimientos, que estaban delatando, que bajo el entrecejo partido con profunda arruga y el labio imperativo, arqueado por un gesto de desdeñosa altivez, dormían un pensamiento y una y una voluntad, aguardando el choque de la pasión bravía para despertar.

Aquel hombre debía sufrir, porque emanaba de todo su ser ese tinte vago de honda melancolía varonil y callada que parece ser el sello de su raza. ¡Quién sabe qué congojas fermentaban hinchándole el pecho y le laceraban el cerebro con el recuerdo tenaz de los dolores inextinguibles! Amaba tal vez sin esperanza y sólo sabían de su dolor los vientos vagabundos de la llanura y las estrellas que guiaban su camino en las largas y solitarias travesías...

Estaba solo en medio de la vasta soledad, con la mirada perdida más allá de la línea indecisa de las curvas lomadas por sobre las cuales asomaba la mancha azul de un profundo monte. Allí se alzaban las poblaciones de su pago, las estancias donde empezó a ser hombre y a sufrir. Allí sintió los primeros estremecimientos de la alegría y las primeras punzadas del dolor, bajo el alero campestre, cerca del arroyo de corriente tardía, por cuya ribera vagaban quizás dos ojos negros y pensativos interrogando el mudo horizonte.

Allá le aguardaban cariños y halagos; aquí la soledad temerosa de la selva, el peligro siempre en acecho, las horas sin calma de la azarosa vida del matrero. Porque era matrero, desde el día en que el clarín de la guerra hizo vibrar sus broncos acentos en los campos natales y la sangre de sus hermanos sacrificados por la saña implacable del invasor, enrojeció los trebolares de las cañadas.

Sorprendidos una mañana, los que no cayeron bajo los golpes de las chuzas, se refugiaron en los montes a disputar su guarida a las fieras, mientras el enemigo recorría las poblaciones saqueando y talando cuanto encontraba a su paso como un torbellino de llamas, cuya marcha señalaban anchas rastrilladas y la densa humareda de los ranchos incendiados.

Por eso estaba triste y ceñudo, y ansias enconadas de odios y de celos le mordían rabiosas las entrañas.

Con la frente abatida, sintiendo todo su cuerpo sacudido por inmensa grima, permaneció largo rato inmóvil en angustiosa cavilación...

Qué enjambre de ideas torvas, qué imágenes dolorosas y suplicantes se cruzarían en tropel turbulento por su imaginación, que de pronto aflojó las riendas al caballo, clavándole las espuelas con tal violencia que el animal dió un brinco desesperado, y arrancó a escape.

Mas luego se serenó, y recogiendo el rendaje lo hizo rayar sobre las patas traseras, tendiéndolo a ambos lados. El lobuno, dócil y obediente a la más leve presión del jinete, giraba con ágiles escarceos resoplando, como si quisiera demostrarle todo el ardor de su sangre y la pujanza de sus ligeros remos.

—¡Lindo pa un entrevero a lanza!— dijo el gaucho sordamente, y llevándolo al paso llegó al sitio donde estaba el otro caballo: le recogió el maneador poniéndolo a la par, y enderezó al tranco, rumbo al sol, que parecía bruñir las líneas de su cara tostada.

## Propuestas de trabajo

1. Un **tópico** es un motivo que se ha repetido en la historia de la literatura. Uno de los tópicos literarios es el *locus amoenus*. Este nombre en latín significa “lugar ameno o agradable” y hace referencia al lugar idílico en donde se desarrolla una acción bella, a menudo un entorno natural idealizado y generalmente conectado con los sentimientos del protagonista. El primer capítulo de Montaraz, “El matrero”, se caracteriza por la descripción que se realiza del lugar. Ese paisaje puede pensarse, entonces, como un *locus amoenus*. Comenten por qué.
2. El narrador presenta la **luz** como si fuera un personaje, como si tuviera vida propia. Rastreen las referencias a la luz y las acciones que realiza. ¿Qué sensaciones provoca esa descripción? ¿Qué sentido creen que esto le aporta al texto?

3. A continuación, se mencionan también algunos **animales**. Señálenlos. ¿Conocen todos o algunos no? Imaginen qué tipo de animales son el rayador y el mirasol; expliquen cómo llegan a esa deducción.
4. Por último aparece el **hombre**. Anoten las palabras con las que se hace referencia a él. ¿Qué otro sinónimo propondrían para “hombre”? Escriban un breve retrato, teniendo en cuenta sus características (no solo las físicas sino también los rasgos de su carácter o personalidad, su modo de pensar, sus sentimientos).

### Trabajamos con una imagen



5. Si nos retrotraemos unos años, ¿qué elementos propios de la *tradición* encuentran en esta imagen? Mencionen algunos.
6. A partir de la imagen, produzcan un pequeño texto (cuento, poema) que permita describirla.
7. ¡Vamos a dibujar! Representen esa imagen pero en un contexto actual (por ejemplo, entre un grupo de amigos en el año 2025). Pueden pedirle ayuda al profesor de Artes visuales para que los guíe en su realización.

## Capítulo VI: Los Guachos

La refriega del Arroyo Grande señaló el rompimiento de los dos grandes caudillos del litoral rioplatense.

Infatulado Artigas por el fácil triunfo, avanzó resueltamente desde su campamento de Abalos, para someter por la fuerza a su antiguo aliado el general Ramírez que, engreído a su vez con la victoria de Cepeda y su prepotencia después del tratado del Pilar, no reconocía más autoridad que la sustentada por la lanza de sus montoneros.

Ungido gobernador por plebiscito de la victoria, sólo ante ella había de doblegarse su espíritu altivo y batallador.

Los chasques se cruzaron llevando y trayendo notas llenas de reproches y de veladas amenazas. El caudillo oriental reclamaba su antigua jerarquía de jefe nato y protector de los pueblos libres. El entrerriano respondía que esos pueblos se habían dado ya voluntariamente sus jefes naturales, y que mal podía pretender regirlos quien no había sabido defender su tierra, abandonándola al yugo portugués.

Tras esta agresiva respuesta, holgaban las discusiones y los temidos rivales quedaron frente a frente.

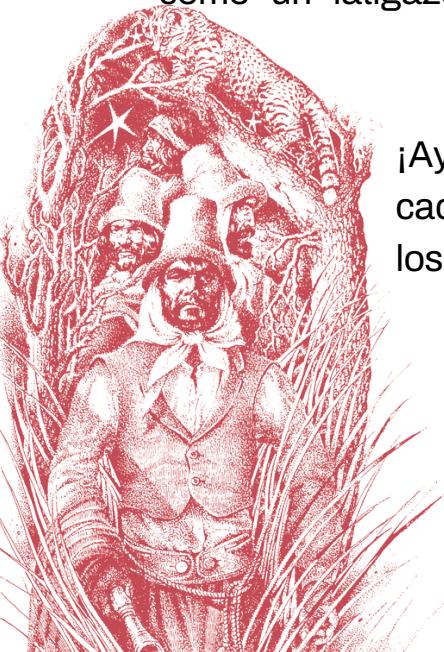
Artigas avanzó por el occidente del río Gualeguay a la cabeza de su ejército y fué a situarse en el centro mismo de la provincia, en la pequeña villa del Rosario.

Ramírez le salió al encuentro, al frente de su escuadrón de dragones, con el que se había batido victorioso en el Arroyo de Ceballos, el Saucesito y en la Cañada de Cepeda, llevando además dos divisiones de caballería.

La primer refriega tuvo lugar en las costas de las Guachas. Durante largas horas bregaron disputándose el terreno perdido y vuelto a recuperar, en entreveros sangrientos, peleando cuerpo a cuerpo, con lujo de bravura, confundidos en espantoso tumulto, entre estridores y derrumbamientos, enardecidos por esa embriaguez salvaje de la carga criolla, en que el vocero de los combatientes y el estrépito de la carrera apagaba las notas del clarín.

Al fin el caudillo entrerriano cedió al mayor número, abandonando el terreno a su orgulloso rival que, casi deshecho a su vez, no pudo aprovechar de las ventajas del triunfo para aniquilar completamente al vencido.

En lo más encarnizado del combate se había destacado un joven paisano que, al frente de un grupo de lanceros, llevaba frecuentes cargas al centro de las indiadas que traía el enemigo, abriendo anchos claros en cada embestida. Y durante la retirada, marchando a retaguardia, se le vio volver cara varias veces, al sentir en la espalda como un latigazo el alarido feroz:



¡Ayucá-pá! ¡Ayucá-pá! (\*) con que los  
caciques azuzaban a su chusma, mientras  
los clarines voceaban lúgubres, a degüello...

Hubo un momento, en que las boleadoras de un tape se envolvieron en las patas del lobuno que montaba el paisano; el jinete lo sofrenó de golpe haciéndolo rayar con los corvejones y las boleadoras cayeron al suelo. Pero el enemigo ya estaba encima amagando un lanzazo al gaucho, que giró velozmente hundiendo las rodajas en los ijares del caballo ; el animal, enloquecido, se abalanzó cubriendo con su cuerpo al jinete, en el mismo instante en que el rejón se le hundía en los encuentros hasta el hueso, y la tacuara saltaba hecha astillas.

Al propio tiempo, la daga del gaucho relampagueaba en alto para caer sobre la cabeza del contrario y lo volcaba de costado. — Un nuevo hachazo le hacía soltar las riendas y el cuerpo del herido se deslizaba por el costillar hasta quedar colgado de un estribo. Rápidamente el jinete se tiró al suelo, y de un solo tajo certero lo degolló. Luego de un brinco se enhorquetó al caballo del enemigo y huyó a incorporarse a los suyos.

El lobuno dió unos pasos bamboleantes relinchando con la cabeza vuelta hacia el fugitivo, hasta que un borbollón de sangre le cortó bruscamente el resuello: estremecióse todo su cuerpo con temblor convulsivo, dobló las rodillas hipando y se desplomó muerto junto al cadáver del indio...

Aquel paisano era Apolinario Silva que empezaba a cumplir su juramento. La suerte, sin embargo, le había sido adversa en las primeras jornadas. El invasor aun era dueño de su pago. ¡Ah! pero él y los suyos tendrían aientos para rescatarlo, se lo decía el corazón con su latir sereno, infundiéndole bríos.

Al caer la tarde, la diezmada columna hizo alto en las barrancas de un arroyo. Ramírez pasó revista, alemando las tropas con frases viriles y rudas. No era necesario mucha elocuencia para enardecerlas ; el temple de aquellos caracteres altaneros estaba formado por un común linaje. Traían además la herida sangrando y sólo anhelaban volver al encuentro para tentar el desquite.

— ¡Vencer o morir libres! — gritó alto el caudillo irguiéndose en los estribos con imponente ademán, y un solo gritó vibró, bronco y bravio, en la soledad de la muda lanura, agitando los pechos taurinos de sus rudos montoneros, mientras todas las miradas se fijaban anhelosas en el bizarro jinete.

Tenía treinta y cuatro años. De estatura elevada y robusta musculatura: ancho el pecho, de fuerte armazón huesosa y el busto erguido con esa altivez de gesto dominador. El rostro era hermoso, blanco, pálido, sombreado por esa pátina que imprimen la intemperie y los rigores de la vida campestre. La nariz aguileña, de correcto perfil se alzaba sobre los labios imperativos; la cabeza algo abultada, iba de fuerza y de energía, estaba cubierta por una espesa cabellera, que echaba hacia atrás en largos rulos, renegrida como las cejas y las patillas que usaba a la pernil. El resto de la barba y el bigote lo llevaba completamente rasurado.

Pero lo que atraía principalmente la atención, eran los ojos, ardientes, imperiosos e irresistibles que brillaban con reflejo acerado bajo el arco sombrío de las cejas, acusando decisión y bravura.

Vestía con sencillez gruesa casaca militar, pantalón angosto con vivos rojos, y un sombrero bajo de amplias alas que volcaba con cierta altanería hacia la nuca, para dejar descubierta su frente abultada de revoltoso.

Un poncho de paño punzó, abierto en forma de capa, caía en sueltos pliegues sobre la espalda hasta cubrir el anca del fogoso caballo. Ancha espada de recia empuñadura pendía de la cintura, y apoyada en el estribo, sostenía con la diestra una flexible lanza de doble media luna y grandes pasadores cincelados, desde el cuento a la aguda moharra.

Fuertes botas de cuero, calzadas con pesadas espuelas de plata, completaban el sencillo traje que, a pesar de su elevada jerarquía militar, poco se singularizaba del que usaban los ganaderos ricos de la época.

Hacia un costado de la columna se distinguía un grupo como de setenta jinetes.

Eran todos mocetones de aspecto campesino, y a primera vista podía inducirse que aquellos hombres acababan de pelear. Muchos de ellos tenían aún las camisetas arremangadas, dejando descubiertos los brazos nervudos que manchaban oscuros grumos de sangre. Sus caballos conservaban igualmente rastros indelebles de la refriega, formados por anchas desgarraduras sobre el cuero salpicado con barro y sudor seco. Un dato más evocaba la violencia del choque: todas las banderolas de sus filosas lanzas estaban teñidas de color rojo...

Permanecían en silencio, siguiendo con hurañas miradas los pasos del caudillo que venía recorriendo las filas. Al divisarlos Ramírez volvió el rostro preguntando al ayudante que le acompañaba:

¿Quiénes son esos?...

— Los matreros de Apolinario Silva, general, que se nos incorporaron esta madrugada al iniciarse el combate.  
— Los vi durante el entrevero; parece guapo ese criollito.  
— No ha desmentido la fama, señor; el mozo es corajudo y valiente como las armas;— y para corroborar su juicio le refirió las peripecias del reciente encuentro y varios episodios de su vida de matrero, entre los cuales figuraba la pelea en la picada cuando lo perseguía el capitanejo Pohú.

En esto habían llegado al grupo de los matreros que, sofrenando los ariscos caballos, dieron el frente al caudillo. Bastóle a éste un rápido vistazo para convencerse que aquellos eran hombres de garra, capaces de las más arriesgadas empresas, y, sintiéndose tocado de pronto por esa secreta simpatía hacia los que sabemos valientes, Ramírez se adelantó y, tendiendo la mano a Silva, le dijo con voz cariñosa, pero nuexenta del timbre autoritario de los que están acostumbrados a imponer su voluntad sin réplica:

Capitán Silva, desde este momento usted y sus matreros van a formar el primer escuadrón de mi escolta, y quiero que se llamen los «Guachos» (\*)

para recuerdo del paraje en que hoy nos han corrido.

— Está bien, mi general — respondió el montaraz. Y añadió con tono humilde, tembloroso por la emoción: — Haremos lo posible para no quedar mal...

Los matreros sonrieron orgullosos, mirando de soslayo al jefe que así los distinguía con aquel intencionado mote que sería su blasón, y uno de ellos zumbó por lo bajo, guiñando un ojo al compañero de fila:

— Guachos... ¡hum! que han de mostrarla guampa en cuanto atropellen...

El caudillo, haciéndose el desentendido y sin decir una palabra más, se alejó al paso, destacando sobre el fondo del pálido cielo su esbelta figura marcial.

Caía la tarde. El sol ya próximo al ocaso se hundía lentamente tiniendo con reverberaciones de incendio el horizonte que recortaban las lejanas cuchillas.

Sobre el repecho más alto de una barranca ondulaba, agitada por la brisa, la bandera de la hueste, con sus fajas blancas y azules como un pedazo de cielo y su rojo color de batalla.

Un clarín resonó en el vasto silencio de la llanura tocando a oración. Los soldados se reconcentraron tirando miradas hurañas y escudriñadoras a los bajíos por donde avanzaban las sombras crepusculares, en marcha silenciosa, como una legión de bultos extraños que venía borrando la larga línea de fuego del horizonte.

La noche se hizo obscura.

I pronto una lucecita parpadeó un instante en medio de las tinieblas, y luego otra, y otras muchas brotaron iluminando las barrancas del arroyo con las rojizas llamaradas de los fogones, y en torno de ellos vióse agrupados en inquietos pelotones a los soldados que comentaban las peripecias del reciente combate.

Al pronto una lucecita parpadeó un instante en medio de las tinieblas, y luego otra, y otras muchas brotaron iluminando las barrancas del arroyo con las rojizas llamaradas de los fogones, y en torno de ellos vióse agrupados en inquietos pelotones a los soldados que comentaban las peripecias del reciente combate.

¡Qué alegría despierta esa llama del fogón, que sube, ondula y se retuerce en penachos purpurinos alumbrando rostros atezados! El ceño torvo se dulcifica; la risa asoma a los labios barbudos y la charla retozona, picaresca y mordaz estalla en bulliciosa algazara.

De repente, se interrumpe el estrépito y se oye un leve trino de guitarra, que, en el silencio de la noche, tiene no sé qué sugestiva vibración. El trino se acentúa preludiando un estilo de ritmo acompañado, melancólico, y una voz trémula y cadenciosa, con ese timbre gemebundo que pone mucha alma en cada palabra, entrega a los vientos una de esas agrestes trovas que también saben el camino del corazón:

Entre los montes del pago,  
De un arroyo en la ladera,  
Hay un ranchito escondido  
Y en el ranchito una prenda...

La voz anegada en ternura viril se apaga lentamente en un gemido trémulo de bordonas, y se pierde absorbida en el vasto silencio de las sombras. Y ante la mirada entristecida de aquellas almas rudas, cruza como en una neblina rauda la visión de los recuerdos insomnes que exacerba sus fieros enconos.

El silencio reina de nuevo en torno de las fogatas que chisporrotean crepitando y ondulan sus llamas fantásticas sobre el callado grupo. Ha bastado un acento, una palabra sola para que la negra corriente de las penas desate allá, en lo más profundo del lacerado corazón sus ondas de amargura.

El clarín toca después silencio. Y entonces se ve sobre los pastos del llano que píatea la luz de la luna al ejército dormido. De tarde en

tarde, un caballo que tranquea en la estaca sacude los ijares temblorosos, y, volviendo la cabeza, relincha hacia la querencia. A lo lejos le responde otro, y en un momento se siente el retintín de los cencerros en las tropillas que comienzan desasosegadas a caminar.

Alguno de los soldados que ha escuchado entre sueños los vibrantes relinchos, yergue la cabeza cabelluda creyendo oír la voz del clarín que los llama a formar y mira receloso en derredor, hasta que, convencido del engaño se tiende sobre el recado, se arrebuja en el poncho y se duerme otra vez.

Poco a poco los rumores se sosiegan; se apagan, en la calma infinita de la alta noche. Sólo allá lejos, se ve vagar por las lomas, como una sombra errante, a la gran guardia de los «Guachos» que ronda en torno del campamento.

Al tranco, con las banderolas húmedas, plegadas contra el asta y los ponchos duros de escarcha, los jinetes seguían al paso de sus caballos atisbando cautelosos por debajo del ala del chambergo que entenebrecía sus rostros morenos.

Hablaban en voz baja, con medias palabras, atentos a todos los ruidos del campo, dilatando las obscuras pupilas cuando el teru-teru lanzaba a la distancia su grito avizor. Si el grito persistía, oíase al pronto súbito rumor de espuelas y el chis chas de los sables, y la conversación cesaba para escuchar mejor.

— Es una comadreja que anda ronciando los nidos — decía alguno.  
— ¡ Con este aire que corta y la noche tan clara quién nos va a sorprender! — argüía otro encogiéndose de hombros.

Y bajo el helado viento que barría las lomas, la ronda continuaba en silencio a través de la escarchada llanura que plateaba el resplandor sereno de los luceros.

# Propuestas de trabajo

Luego de la lectura individual o grupal del texto de Leguizamón llamado “Los Guachos”, realizaremos una narración ilustrada o cómic, utilizando herramientas digitales de creación de imágenes.

Para esto, vamos a seguir los siguientes pasos:

## 1er paso: Fragmentos

En primer lugar, vamos a seleccionar fragmentos del texto que acompañarán las imágenes. Lo ideal es que sean fragmentos que expresen eventos importantes y claves de la historia. Les recomendamos no más de seis u ocho fragmentos de la totalidad del texto y que representen la estructura básica del relato (inicio, nudo y desenlace).

## 2do paso: Imágenes

Luego, abriremos una IA como Canva, Copilot, Chat GPT o Gemini y subiremos el primer fragmento seleccionado. Seguidamente, escribiremos como prompt “A partir del texto, crear una imagen que represente lo escrito”. Repetiremos el proceso con cada una de las imágenes, hasta obtener las seis u ocho imágenes con sus respectivos textos.

## 3er paso: Cómic

Finalmente, crearemos un archivo en Canva o Microsoft Word, donde realizaremos el diseño de nuestro cómic de las imágenes y la narración. Para esto, debemos considerar el estilo de nuestro producto final, ya que es factible proponer que las imágenes sean el centro de atención (dándoles mucho espacio a la imagen o al texto o la inversa).

## 4to paso: Muestra

Resultará sumamente enriquecedor organizar una pequeña muestra o ronda de presentación de los trabajos realizados. Para esto, es posible imprimir los trabajos finales o bien producir un recurso virtual que dé cuenta de lo trabajado.



**MON  
TEA  
HAZ**

*@prender*